escarnio, no fueron oidas; la gritería en la plaza era ya espantosa; las injurias, las quejas, las amenazas, cruzándose en los aires, producian aquel ronco é inmenso grito de la furia popular que sólo se asemeja al ruido del torrente vertiéndose en cavernas sin fondo.

Los nobles y los letrados habian rodeado á los dos contendientes; los parciales de doña Leonor al conde; los otros, cuyo número era mucho mayor, al sastre. Y tanto éstos como aquéllos, trabajaban por apaciguarlos, aunque todos los ánimos estaban casi tan irritados como los de los dos contendientes.

Al fin el conde cedió. El aspecto de la multitud que se agitaba furiosa, contribuyó acaso más que todas las razones y ruegos de hidalgos y caballeros atónitos con el espectáculo de la osadía popular; de esta osadía que despreciando las amenazas del primero entre los nobles era más increible que la de la víspera, la cual apénas se atreviera al trono.

¿Qué hacia miéntras tanto nuestro fraile en medio de estos preludios de ruidosa asonada? Lo que el lector verá en el siguiente capítulo.

IV.

MIL DOBLAS PÉ-TERRA Y TRESCIENTAS BARBUDAS (1).

Apénas Fernan Vazquez cogiera del brazo al conde de Barcellos y la gritería popular comenzára á atronar la plaza, Fr. Roy, escurriéndose á lo largo de la pared del monasterio doblára la esquina que volvia hácia la Corredera, y siguiendo su camino por callejuelas torcidas y desiertas, llegára á la Puerta de Hierro, desde donde, atravesando la contigua lóbrega plazoleta, que los rayos del sol apénas alumbraban pocas horas del dia, detenidos al nacer por los gigantescos cam-

(1) Las doblas de oro que mandó acuñar D. Fernando se llamaron *pe-terra* para diferenciarlas de las antiguas doblas, cuyo valor no era tan crecido. La barbuda era moneda de plata anterior al reinado de D. Fernando; su valor, que fué alterado várias veces, era por lo comun de 20 sueldos. (*N. del T.*)

panarios de la catedral y al declinar por los lienzos y torres de la muralla morisca, llegára sin aliento á San Martin. La puerta del palacio estaba cerrada, pero la de la iglesia estaba abierta. Entró. Al lado derecho una escalera de caracol descendia desde la tribuna real hasta la capilla mayor, y la tribuna comunicaba con el palacio por un pasadizo que atravesaba la calle. El fraile miró alrededor de sí y escuchó un momento; nadie habia en la iglesia. Subiendo rápidamente la escalera, Fr. Roy atravesó el pasadizo y se encaminó sin vacilar por medio de los corredores y escaleras interiores hácia un pasillo oscuro. Al fin de él habia una puerta cerrada. El monje vagabundo paró y escuchó de nuevo; dentro hablaban tres personas: fray Roy golpeó suavemente tres veces y púsose otra vez á escuchar.

Oyéronse unos pasos lentos que se aproximaban á la puerta, y una voz ahogada y colérica preguntó:

«¿Quién está ahí?»

«Yo,» respondió el fraile.

«¿Quién es yo?» replicó la voz.

«Honrado D. Júdas, es Fr. Roy Zambrana, indigno siervo de Dios, que pretende hablar al Rey ó á la muy excelente señora doña Leonor para un negocio de importancia.»

«¡Abre, D. Júdas, abre! dijo otra voz, que por el timbre parecia femenina y que salió del lado opuesto del aposento.»

La puerta giró sobre los goznes y el monje entró.

Era el lugar en que Fr. Roy se hallaba una sala pequeña iluminada por una ventana estrecha y resguardada de gruesos barrotes de hierro, la cual daba á una especie de zaguan áun más estrecho que el aposento. La bóveda de éste era de piedra; de piedra las paredes y el pavimento; alrededor veíanse por único adorno muchas arcas chapeadas de hierro. El fraile habia entrado en la casa de las arcas de la Corona, de la *recaudacion del reino*. Las dos personas que allí estaban eran D. Fernando y doña Leonor. El rey, de pié, inclinado sobre una de las arcas con la frente inclinada sobre el brazo izquierdo, hojeaba un abultado volúmen de hojas de pergamino, cuyas guardas eran dos fuertes tablas de castaño forradas exteriormente de cuero crudo de buey, áun con pelo. Doña Leonor, tambien en pié, detras del rey, miraba atentamente las páginas del libro. El que abrió la puerta era el tesorero mayor, D. Júdas, gran partidario de doña Leonor y valido del rey. Apénas el judío diera vuelta á la pesada llave, sin dirigir los ojos al recien llegado,

colocárase inmediatamente al pié del arca en que el rey estaba apoyado, y prosiguiera la conversacion cuyos últimos ecos oyó fray Roy al aproximarse.....

«Mil doblas *pé-terra* y trescientas *barbudas* son todo el dinero que vuestro fiel tesorero os puede juntar en este momento, espigando como la pobre Ruth en el campo de vuestro tesoro, esquilmado y bien esquilmado (aquí el judío suspiró) por aquellos que tal vez os sean ménos leales. Os juraré por mi ley, si así lo quereis, que no queda en mi poder ni una blanca.»

El rey no escuchaba. Apénas entrára fray Roy, doña Leonor se habia acercado al monje lanzándole una mirada escrutadora, preguntándole con visible ansiedad:

«Monje, ¿á qué vuelves aquí?»

«A cumplir mi obligacion, á pesar de que me disteis ayer la despedida. Vengo á deciros que á estas horas tal vez haya ya corrido sangre en la plaza de Lisboa, y que es espantoso el tumulto de los plebeyos contra los del Consejo y contra los señores é hidalgos de la casa y séquito del rey.»

Desde la palabra *sangre*, D. Fernando habia cesado de atender la voz acongojada del tesorero mayor que continuaba en tono de lamentacion: «Bien sabeis, señor, que he em-

pobrecido con vuestro servicio y que hoy soy uno de los más pobres y miserables entre los hijos de Israel. ¿Adónde iré á buscar dos mil maravedises viejos que son en vuestra moneda trescientos noventa sueldos?»

«¿Sangre dices tú, fraile? exclamó el rey. ¡Vaya que es mucho! ¿A quién se atreverán así esos pecheros malditos?»

«Yo mismo vi al conde de Barcellos pelearse con Fernan Vazquez; un gran número de ballesteros y peones armados de lanzas rodeaban ya el pórtico de Santo Domingo, y los gritos de *¡mueran los traidores!* atronaban la plaza.»

«Que me den mi arnes bruñido y mi casco de celada y mi estoque frances, gritó don Fernando babeando de cólera. Yo iré á Santo Domingo y salvaré á los ricos-homes de Portugal ó moriré al lado de ellos. ¡Pajes! ¿Dónde está mi doncel de armas?»

«Tu doncel de armas, interrumpió con voz pausada y firme doña Leonor, sigue con los otros pajes camino de Santarem, montado en tu caballo de batalla. Aquí sólo tienes la mula de paso para hacer jornada.»

«¿Mas al conde de Barcellos, á mi leal Consejero he de dejarle despedazar por los plebeyos de esta ciudad abominable? Acuérdate de que es tu tio, que fué tu protector

cuando el brazo de D. Fernando áun no se levantaba para coronarte reina.»

«Rey de Portugal, debes acordarte de él, cuando el dia de la venganza llegue. Entónces será bien que los traidores y viles te vean montado en tu palafren de guerra. Hoy no puedes sino dejar entregado á su suerte al noble D. Juan Alfonso y á los señores que estén con él; mas no te pese, que si su sangre llegase á correr, toda la sangre que derramares para vengarle será poca, como serán pocas todas las lágrimas que yo verteré sin consuelo sobre sus venerables restos. ¿Combatirás? ¿Ayudado por quién? ¿Por una ciudad revuelta? Los hombres de armas de tu castillo quebraron su pleitesía y se arremolinan en la plaza: muchos de tus ricoshomes están conjurados contra tí; tu mismo hermano lo está. ¡Partir! ¡partir! ¿Sabes tú cuántas horas hace que la última esperanza está en partir prontamente? ¿Por qué, despues de tantas vacilaciones, áun vacilas otra vez? Aseguremos al ménos la venganza si no podemos salvar á aquellos que, leales á su señor, fueron á oponerse á la furia del populacho para ocultar nuestra fuga... fuga, que éste es su nombre.»

El furor y el despecho revelábanse en las mejillas y en los labios pálidos de la adúltera, y la afliccion y el temor comprimidos se revelaban en una lágrima que le rodó insensiblemente de los ojos. Era una de las pocas que derramára en su vida.

El rey habia escuchado inmóvil. No acostumbrado á tener voluntad propia, desde que, como decia el pueblo, esta mujer le hechizára, cedió una vez más de su resolucion, si no de hombre cuerdo al ménos de valiente, y respondió con voz apagada: «¡Partamos y hágase la voluntad de Dios!»

«*¡Amén!* murmuró el cogulla.»

—Fraile, exclamó doña Leonor volviéndose á Fr. Roy, corre á la plaza de Santo Domingo y di en voz muy alta á los pecheros amotinados que me viste partir con el Rey camino de Santarem. Tal vez así el conde se salve, porque la furia de esos viles bellacos se volverá contra mí. Dilo, que dirás la verdad; cuando llegues allí mi palafren habrá ya salido de las Puertas de Santa Cruz. Guardaos, miserables, de que vuelva á pasar con su señora. ¡Bellaco! Ese dia será aquel en que la *adúltera* pague todas sus deudas.»

Fr. Roy sintió en la médula dorsal el mismo escalofrío que sintiera en la noche precedente, porque la mirada que doña Leonor clavó en él era diabólica, y la palabra *adúltera*, proferida por ella, sonaba como un doble

de campana y salia como envuelta en un hálito de sepulcro: el fraile arrepintióse esta vez firmemente de haber sido tan detallado y exacto en el *parte oficial* que presentára en la víspera. Aderezóse el hábito y salió en su ademan de costumbre, con la cabeza baja y las manos cruzadas sobre el pecho.

Los tres quedaron otra vez solos.

«¡Don Júdas, mi buen D. Júdas! dijo el Rey con manifiesta afliccion; no entiendo estas embrolladas letras moriscas de tu aritmética. Estoy cierto de que no debes al Tesoro Real ni una sola medalla y que en las arcas del haber no existe sino lo que tú dices; mas de cierto no quieres que un Rey de Portugal camine por su reino como romero mendigo. Al ménos los dos mil maravedises de oro...»

«¡Ay! suspiró el tesorero mayor; juro á vuestra real señoría que me es imposible hallar por ahora otra cantidad mayor que las mil doblas *pe-terra* y las trescientas barbudas.»

«Fernando, interrumpió Leonor Tellez, manda á los mozos de monte que allí quedaron que enfrenen las mulas; debemos partir ya. Y en tanto de mi adicto D. Júdas, obtendré con dos palabras lo que tú no pudiste obtener con tantos ruegos.»

Sonrió alternativamente con una sonrisa

angélica al Rey y al tesorero mayor. Don Fernando obedeció, y levantando el cortinaje que cubria una puerta frontera á aquella por donde entró el fraile, desapareció. El tesorero iba á hablar, mas quedó con la boca entre abierta, el rostro pálido y como petrificado, viéndose á solas con doña Leonor. Era que ya la conocia desde largo tiempo.

«Don Júdas dijo con voz amable: tú has de servir al rey en esta jornada. Darás los dos mil maravedis viejos.»

«No puedo, respondió D. Júdas con voz trémula y ahogada.»

«Judío, replicó doña Leonor señalando á un cofre pequeño que estaba en el rincon más oscuro del aposento cubierto de polvo; ¿qué hay en aquella arca?»

El tesorero mayor despues de vacilar algunos momentos, balbuceó estas palabras:

«Nada....., ó á decir verdad....., casi nada. Bien sabeis que ántes guardaba allí algunas monedas que sobraban de mi hacienda; pero hace mucho que ni esas pocas monedas me quedan.»

«Veamos aún, respondió doña Leonor, cuyo semblante se nublára.»

«¡Misericordia! gritó D. Júdas con indecible agonía. Mas reportándose por uno de estos arrojos que los grandes peligros inspiran,

procuró disfrazar su miedo, continuando con risa mal fingida:—¡Misericordia! digo: porque fuera más fácil hallar entre los amotinados de la plaza un hombre leal á su Rey, que yo me acuerde ahora del sitio en donde tendré la llave de una arca, há tanto tiempo inútil y vacía.

«¡Perro infiel! yo te voy á recordar quién puede decir donde la hemos de hallar.»

«Estais hoy muy escelente, señora, melancólica y airada, replicó el tesorero mayor, trabajando por dar á sus palabras el tono de la galantería, pero visiblemente cada vez más desconcertado y trémulo.— ¿Así llamais, perro infiel, á vuestro leal servidor por causa de una llave inútil que se perdió? Decidme quién sabe de ella, y la iré á buscar.»

«¡Generoso y leal tesorero! interrumpió doña Leonor, en el tono de las palabras del judío, como quien se chancea; no te dés ese trabajo, por tu vida. Quien puede hacerla aparecer es un viejo, perro descreido, que vive en el concejo de Santarem. Yo sé un remedio que restituirá á su lengua la ligereza de la lengua de un mancebo de 20 años. Su nombre es Issachar. ¿Le conoces?»

«Alta y poderosa señora, ¿hablais de mi pobre padre? respondió el tesorero mayor aumentando en palidez. Mas tratemos ahora

de lo que importa. Con mil quinientas doblas *pé-terra* y trescientas barbudas que dije á mi señor el rey, estarán prontas.....»

Doña Leonor lanzó al judío una mirada de escarnio, y prosiguió:—De lo que importa es de lo que trato. ¿Sabes tú, mi querido D. Júdas, que sean tus doblas mil ó mil quinientas, mañana á estas horas yo, la reina doña Leonor Tellez, la reina de Portugal, estaré en Santarem? ¿Oiste ya decir que en no sé cual de las torres del alcázar hay un excelente potro, capaz de descoyuntar en un instante los miembros del más robusto villano? Ocúrreme ahora la idea de que el viejo Issachar, amarrado á él, debe estar gracioso, porque habiendo vivido mucho, obligado á hablar, ha de contar cosas maravillosas, cuanto más, decir dónde está una llave, cuyo paradero no puede ignorar. ¿No piensas tú tambien que es recreo y pasatiempo, digno de cualquier reina, ver como estiran los huesos encogidos de un perro de noventa años?

Un sudor frio cubrió la frente de D. Júdas, cuyas piernas vacilantes se negaban á sostenerle. Cuando doña Leonor acabó de hacer sus atroces preguntas, el judío habia caido de rodillas á los piés de ella.

«Por merced, señora, exclamó en aquel trance de horrorosa angustia, mandadme

azotar como el más vil exclavo moro; mandadme desgarrar las carnes en los más atroces tormentos; mas perdonad á un viejo padre, que no tiene culpa de la pobreza de su hijo. Si yo tuviera ó pudiera reunir más de las dos mil doblas y las quinientas barbudas que ofrecí á mi señor el rey.....»

«Judío, interrumpió doña Leonor; tu debes saber tres cosas: la primera es que los tormentos del potro son intolerables; la segunda es que yo acostumbro á cumplir mis promesas; la tercera es que si en este momento de apuro te pudiese aplicar el remedio, no lo guardaria para la mohosa osamenta de un perro desdentado.»

«Vendido cien veces, prosiguió el tesorero mayor bañado en lágrimas y procurando abrazarla por las rodillas; no podria reunir en este momento más que la suma ya dicha, de dos mil quinientas doblas y quinientas barbudas, aunque vuestra merced me mandase asar vivo.»

«Eres loco, D. Júdas, interrumpió doña Leonor apartando de sí al judío con aire de bondad. Por una miseria de poco más de quinientas doblas *pé-terra* ¿consentirás que Issachar, que tu padre, honrado anciano blasfeme en las ánsias del potro contra el Dios de Abraham, de Jacob y de Moises?»

El tesorero mayor permaneció algunos momentos callado y en la postura en que estaba. Despues, pasando el brazo de reves por los ojos, se enjugó las lágrimas y se levantó. La resolucion que tomára era la de un desesperado que va á suicidarse.

«Aquí estarán, señora los dos mil maravedises cuando los quisiereis. Procuraré reunirlos; pero quedaré perdido. Ahora podeis dar la órden de marcha.»

«Adios, mi muy honrado D. Júdas, dijo doña Leonor sonriendo. No perderás nada en haber cedido á mis ruegos.» Dicho esto salió por la misma puerta por donde saliera el Rey.

El judío extendió los brazos con los puños cerrados hácia el cortinaje que áun ondeaba y los llevó despues á la cabeza, de donde se arrancó una gran porcion de mechones grises. Hecho esto sacó del bolsillo una llave, abrió el cofre pequeño y empolvado, sacó un bolson pesado, sellado y numerado, y los dos mil maravedises rodaron sobre el gran libro que áun estaba abierto sobre una de las arcas. Los contó cuatro veces, los apiló por cientos, y como si las fuerzas se le hubiesen extinguido en el espantoso combate de su alma, se tiró de bruces sobre la pequeña arca, y abrazado á ella rompió á llorar.

«¡Mi pobre tesoro reunido con tanto trabajo! exclamó al fin entre sollozos. Te guardé en ese cofre por temor de que te robasen, y los bandidos vienen á buscarte aquí. Pero que se libren de que yo vuelva á tomar los derechos reales de manos de los mayordomos. ¡Mis hermosos dos mil maravedises de buen oro! ¿Cuándo os volveréis á reunir con vuestros abandonados compañeros?»

Esta idea pareció consolar algun tanto á D. Júdas. Levantóse, volvió á contar los dos mil maravedises; temió haberse equivocado y que eran dos mil y uno; los volvió á contar, y cuando el Rey entró en su aposento dispuesto á cabalgar se habia convencido el buen judío de que no daba una blanca de más de la suma que le habia sido pedida en nombre del potro de la torre de Santarem.

«¡Oh, exclamó el rey dirigiendo la vista sobre el fólio disforme, sobre cuyas páginas amarillentas estaba apilado el dinero, tenemos los dos mil maravedises!»

«Sepa vuestra real señoría que felizmente tenía en mi poder una suma perteneciente á Jeroboam Abarbanel, el mercader de puerta de mar, suma de que no me acordaba; al registrar las arcas dí con ella; la cantidad está completa, y el honrado mercader no llevará sin duda más del ciento por ciento al mes,

en tanto que los oficiales de vuestra señoría vengan á entregar al tesoro el producto de los derechos reales vencidos. Entónces le pagaré hasta la última moneda, la cantidad y sus réditos, si vuesa señoría no ordena lo contrario.»

«Haz lo que te parezca, D. Júdas; respondió el rey que no le oyera ocupado en meter en una ancha bolsa de tisú de plata que traia pendiente del cinto los dos mil maravedises. Confío en tí completamente, honrado y leal servidor.»

Y recogidos los maravedises salió.

El judío quedó solo.

«¡En el infierno ardas tú con Dathan, Coré y Abiron, maldito nazareno!..... murmuró. Apénas hube reunido los dos..., quiero decir los tres mil y doscientos maravedises, cuando me los quitaste con tanta conciencia como puede tener la alma negra de un cristiano.»

Hecha esta jaculatoria al Dios de Israel, D. Júdas cerró interiormente la puerta de la cortina, atravesó el aposentó, salió por la puerta de en frente, que tambien cerró, y el rumor de sus pasos que se alejaban sonó á traves de los corredores por donde pasára Fr. Roy, hasta que por aquella parte del palacio todo quedó en completo silencio.